

ERAN las horas meridianas, las horas de calor, cuando salieron desempedrando las calles de Marineda carruajes en que iban las comisiones del partido á esperar á los delegados de Cantabrialta. Las dos leguas de camino real que van de la ciudad al ex-portazgo (como se decía entonces) hallábanse cuajadas de gente en expectativa, asaz empolvada y sudorosa. Poca levita, mucha tuina y chaqueta, de higos á brevas un uniforme: buen número de mujeres, roncás ya, con los labios secos, los ojos inyectados, arrebatadas las mejillas, más ó menos descompuesto el peinado y el traje. Engalanadas con colgaduras ostentaba sus casas el pobre suburbio de la riberilla; quién había destinado á manifestar su civismo la colcha de la cama, quién las cortinas de la humilde alcoba, quién una sábana ó mantel. Al ingreso de la barriada se alzaban arcos de triunfo, entretejidos con ramaje.

Cuando regresaron los coches, trayendo ya á los esperados viajeros, el contraste que ofre-

cía el espectáculo convidaba á parar la consideración en él. Acercábase el sol á su ocaso, y las colinas que limitaban el horizonte pasaban del suave azul ceniciento al lila más delicado. Las playas de la Barquera y el mar alternaban en zonas de nítida blancura y de limpio color de zafiro; á los últimos destellos del Poniente, el arenal brillaba como si estuviese salpicado de plata, y vaporosas franjas de espuma, tan pronto formadas como deshechas, corrían un instante por el borde de las olas. Soberana y majestuosa paz, unida al recogimiento de la hora vespertina, se elevaba de aquellas diáfanas lejanías al cielo puro, donde apenas de trecho en trecho leves nubecillas, semejantes á copos de algodón, se esparcían tiñéndose de oro. Así se preparaba al sueño la naturaleza, mientras en la carretera una multitud abigarrada y polvorosa se desojaba mirando al punto por donde asomaría muy luego la comitiva, y recreaba la vista en contemplar los guñapos y telas de colorines pendientes de los balcones, y el marchito verdor de los arcos de triunfo; y se recibían y daban pisotones recios, y *metidos* feroces, y algún furtivo pellizco, y se tragaba y se mascaba el árido polvo del camino, oyendo á poca distancia, como irónica burla, el blando gemir de las ondas de la ría.

De tiempo en tiempo, las bombas de palenque trataban de armar un escándalo en la atmósfera, pero en balde; diríase que era la detonación de algún vergonzante petardo, que así alteraba la amplia serenidad del ambiente,

como el zumbido de un mosquito turbaría el reposo de un gigante. Las tocatas de la banda de música, hecha pedazos de puro soplar himnos y más himnos patrióticos, se empequeñecían en el libre y anchuroso espacio, hasta asemejarse al estallido de una docena de buñuelos al caer en el aceite hirviendo donde se frien. Y visto desde la playa, el mismo numeroso gentío podía compararse á un avispero, y la bandera roja á un trapo de los que los chicos cuelgan de una caña á fin de pescar ranas en las ciénagas.

Para que la comitiva adquiriese unos asomos de solemnidad, fué preciso que entrase en los mezquinos arrabales del pueblo. Con la frescura de la noche que caía, todo el mundo se halló más á gusto, los de los coches respiraron, sin dejar de saludar á diestro y siniestro, y comenzaron á abrir en las tinieblas sus pupilas de fuego los reverberos de la ciudad, la Farola y las hachas de cera que encendían algunas mujeres para alumbrar á los carruajes. Así que brilló el cordón de luces, las portadoras de las hachas se alinearon en buen orden, bajando los ojos modestamente porque aquello olía á procesión. Entonces, algunos curiosos de Marinada que no habían querido molestarse en ir más lejos para ver la función, se abrieron paso y situaron convenientemente, con propósito de estudiar los semblantes de las que en otra ocasión se llamarían devotas. Si las encontraban mozas y lindas, decíanles cosas alimbaradas; si viejas y feas, barbaridades capaces de eno-

jar y abochornar á un santo de leño. Cuando pasaba Amparo, que iba una de las primeras, al lado del rojo estandarte, era un fuego granado de piropos, una descarga cerrada de ternezas á quema-ropa. Es que la muchacha se lo merecía todo; la luz del blandón descubría su rostro animado, encendía sus ojos rechispeantes y mostraba la crespada melena, desanudada por la agitación de la caminata y flotando en caprichosas roscas por su frente, hombros y cuello. Baltasar y Borrén, de americana y hongo, se colaron ante la apiñada muchedumbre y quizá la murmuraron al oído cien mil dislates; pero no estaba el alcacer para gaitas, es decir, no estaba Amparo de humor de requiebros, hallándose exclusivamente poseída del fervor político.

Sentíase sobreexcitada, febril, en días tan memorables. Por todas partes fingía su calenturienta imaginación peligros, luchas, negras tramas urdidas para ahogar la libertad. De fijo, de fijo, el Gobierno de Madrid sabía ya á tal hora que una heroica pitillera marinada realizaba inauditos esfuerzos para apresurar el triunfo de la federal; y con estos pensamientos latía á Amparo su corazóncillo y se la hinchaba el seno agitado. En medio de la vulgaridad é insulsez de su vida diaria y de la monotonía del trabajo siempre idéntico á sí mismo, tales azares revolucionarios eran poesía, novela, aventura, espacio azul por donde volar con alas de oro. Su fantasía inculta y briosa se apacataba en ellos. Las enfáticas frases de los ar-

tículos de fondo, los redundantes períodos de los discursos resonaban en sus oídos como el ritornelo del vals en los de la niña bailadora. Aquella llegada de los individuos de la Asamblea de la Unión fué para Amparo lo que sería la de los Apóstoles para un pueblo que oyese hablar del Evangelio y de pronto viese arribar á sus costas á los encargados de anunciarlo.

Tenía Amparo por cosa cierta que se acercaba la hora de señalarse con algún hecho digno de memoria: ansiaba, sin declarárselo á sí misma, emplear las fuerzas de abnegación y sacrificio que existen latentes en el alma de la mujer del pueblo. ¡Sacrificarse por cualquiera de aquellos hombres, venidos de Cantabria á vaticinar la redención; inmolarse por el más viejo, por el más feo, prestándole algún extraordinario y capital servicio! Llamar á su puerta á las altas horas de la noche; decirle con voz entrecortada que "ahí viene la policía", y que se oculte; acompañarle por recónditas callejuelas á un escondrijo seguro; meterle en la mano unos cuantos pesos ahorrados á fuerza de liar pitillos; recibir, en cambio, un haz de proclamas para repartir al día siguiente, con la advertencia de que "si se las cogen puede contarse ánima del Purgatorio"; distribuir las con sigilo y celo; y por recompensa de tantas fatigas, de riesgos semejantes, ganar un expresivo apretón de manos, una mirada de gratitud del proscrito... Si el heroísmo es cuestión de temperatura moral, Amparo, que se hallaba á cien grados, tal vez se dejara fusilar por *la causa*

sin decir esta boca es mía; y quién sabe si andando los tiempos no figuraría su retrato al lado del de Mariana Pineda en los cuadros que representan á los mártires de la libertad... Feliz ó desgraciadamente, lo que Vds. quieran, que por eso no reñiremos, los tiempos eran más cómicos que trágicos, y los loables esfuerzos de Amparo no la conquistaron otra corona de martirio sino el que en la Fábrica se prohibiese la lectura de diarios, manifiestos, proclamas y hojas sueltas, y que á ella y á otras cuantas que pronunciaron vivas subversivos y cantaron canciones alusivas á la Unión del Norte las suspendieran, como suele decirse, de empleo y sueldo.

XVIII

TRIBUNA DEL PUEBLO

EL Círculo Rojo echa el resto; no se habla en Marineda sino del banquete que ofrece á los delegados de Cantabria y Cantabrialta. No tiene el Círculo Rojo socios tan opulentos como el Casino de Industriales y la Sociedad de Amigos; pero s obrale alma y desprendimiento, cuando la ocasi on lo requiere, para sangrarse los bolsillos, empeñarse, si es preciso, hasta los ojos y salir con color y presentar una mesa que no le averg ience.

Llamada   conferenciar con el presidente del Círculo la "persona de buen gusto", que nunca falta en los pueblos para dirigir las solemnidades, entr  al punto en el desempeño de sus funciones, y se dió tal maña, que en breve pudo negociar un empréstito de candeleros de plata, centro de mesa, vajilla fina, mantelería adamsada y nueva, palilleros caprichosos y pueras sorprendentes. Obtenido lo cual, el correvidile se frotó las manos, asegurando al presidente que la mesa estaría regiamente exornada.

—Regimiento, no señor —contestó el presidente algo fosco. —Republicanamente, dirá V.

No quiso el organizador de la fiesta discutir el adverbio, y sastifecho de haber encontrado los accesorios, se dió á buscar lo principal, ó sea la comida. Bregando con fondistas y cafeteros, consiguió combinar platos, vinos y helados del modo que le pareció más ortodoxo y elegante; pero quiso su desdicha que á última hora el entusiasmo político lo echase todo á perder, instigando á un bodegonero federal á enviar "la prueba," de sus vinos, y á un hornero á remitir media docena de robustas empanadas, que cayeron en el banquete como barbarismos en selecto trozo de latinidad clásica. Menudencias que la Historia no registrará seguramente.

De propósito se empezó tarde la comida, y circulaban aún las dos sopas de hierbas y de puré, cuando los camareros cerraron las maderas de las ventanas y encendieron las bujías de los candelabros y los aparatos de gas. Vióse entonces salir de las vaguedades del crepúsculo la mesa, la larga mesa de sesenta cubiertos, con sus brillantes objetos de plata, sus ramos de flores simétricamente colocados, sus altos ramilletes de dulce, sus temblorosas gelatinas, donde la luz rielaba como en un lago. El presidente del Círculo tendió en derredor una mirada de orgullo. En verdad que el aspecto del banquete era majestuoso. Imperaba en él todavía la reserva de los primeros momentos: la gente comía con moderación y delicadeza, los

camareros y mozos de servicio andaban discretamente sin taconear, las cucharas producían leve música al tropezar con los platos, la virginidad del mantel alegraba los ojos, y el vaho aperitivo de la sopa no desterraba del todo las fragantes emanaciones de las rosas y claveles de los floreros. No obstante, al servirse la primer entrada comenzaron á dialogar los vecinos de mesa, y el rumor creciente de las conversaciones envalentonó á los mozos, que pisaron ya más recio.

Presidía la mesa el viejo de blanca barba, y la teatral nobleza de su figura completaba la decoración. A su derecha tenía al presidente del Círculo y á su izquierda al orador de tenebrosa faz, el que, según Amparo, "echaba términos," difíciles de entender. Seguían los demás delegados por orden de respetabilidad, alternando con individuos de la Junta, de la Prensa, del partido.

Fué poco á poco acrecentándose el ruido de la charla y desatándose las lenguas, por donde rebosaba ya la abundancia del corazón. El que, merced á su ancianidad venerable, podía ser llamado patriarca, sonreía, aprobaba, estaba de acuerdo con todo el mundo, mientras el delegado tétrico y ceñudo se las componía lo mejor posible para disputar. Al tercer plato disparó con bala rasa contra la propiedad, el capital y la clase media, y el presidente del Círculo, patrón y dueño de establecimiento, hubo de amoscarse; poco después fué el patriarca mismo el enojado, á causa de no sé qué frases sobre el

derecho de insurrección y el empleo de medios violentos y coercitivos. Ninguno le parecía al patriarca lícito; en su concepto, el amor, la paz, la fraternidad eran las mejores bases para fundar la unión federativa, no sólo de Cantabria y de España, sino del mundo. Cada cual alegaba sus razones, tratando de quimera el ajeno parecer; la discusión se hacía general; intervenían en ella periodistas y delegados, desde los más remotos extremos de la mesa; alguien brindaba sin ser oído; personas de voz escasa exclamaban en tono suplicante: "Pero oigan Vds., señores... si Vds. oyesen una palabra..." Era en balde. El grupo central se lo hablaba todo; de su confuso vocerío sólo se destacaban frases sueltas, airadas, empeñadas en descollar. "Eso son utopías, utopías fatales... No, es que le convenzo á V. con la historia en la mano... Sí, sí, hagámonos de miel... La Revolución francesa... Era en otro régimen, señores... No confundamos los tiempos... Está V. en un error... Un hecho no es ley general... Eso lo ha dicho Pi... Cantú es un reaccionario... El bautismo de la sangre... Horrores infecundos..." Mientras duraba la polémica, los mozos no se entendían para pasar las fuentes del asado y para escanciar el Champaña... Uno de ellos se inclinó hacia el presidente y le dijo al oído no sé qué... El presidente se levantó al punto y salió de la sala, volviendo á entrar presto seguido de un grupo de mujeres.

Amparo lo capitaneaba. Penetró airosa, vestida con bata de percal claro y pañolón de Ma-

nila de un rojo vivo que atraía la luz del gas, el rojo del *trapo* de los toreros. Su pañuelito de seda era del mismo color, y en la diestra sostenía un enorme ramo de flores artificiales, rosas de Bengala de sangriento matiz, sujetas con largas cintas lacre, donde se leía en letras de oro la dedicatoria. Diríase que era el genio protector de aquel lugar, el duende del Círculo Rojo; las notas del mantón, del pañuelo, de las flores y cintas se reunían en un vibrante acorde escarlata, á manera de sintonía de fuego.

Adelantóse intrépida la muchacha levantando en alto el ramo y recogiendo, con el brazo libre, el pañolón, cuyos flecos le llovían sobre las caderas. Y como el conspicuo disputador, dejando su asiento, mostrase querer tomar el exvoto que la muchacha ofrecía en aras de la diosa Libertad, Amparo se desvió y fuése derecha al Patriarca. El corro se abrió para dejarla paso.

La muchacha, sin soltar el ramo, miraba al viejo. Este, de pié, con su barba plateada y levemente ondulosa como la de los ermitaños de tragedia, con su calva central guarnecida de abundantes mechones canos, con su alta estatura, un tanto encorvada ya, se le figuraba la ancianidad clásica, adornada de sus atributos, coronando la cima de los tiempos. Y el patriarca, á su vez, creía ver en aquella buena moza el viviente símbolo del pueblo joven. Ambos formularon en sus adentros el pensamiento de simpatía que les dominaba.

—Este señor mete respeto lo mismo que un obispo—se dijo Amparo.

—Esta chica parece la Libertad—murmuró el Patriarca.

Entre tanto la muchacha comenzaba su peroración. Temblábale la voz al principio; dos ó tres veces tuvo que pasarse la mano, yerta, por la frente húmeda, y sin saber lo que hacía accionó con el ramo, cuyas cintas culebrearon como serpientes de llama, y carraspeó para deshacer un nudo que le apretaba el galillo. Poco á poco, el rumor de la mesa, el cuchicheo de los convidados más distantes, la luz de los mecheros de gas que le calentaba los sesos, el aroma de los vinos y la espuma del Champaña, que aún parecía bullir en la iluminada atmósfera, la embriagaron, y sintió fluir de sus labios las palabras y habló con afluencia, con desparpajo, sin cortarse ni tropezar. Los convidados se daban al codo sonriendo, pronunciando entre dientes algún “¡bravo! ¡muy bien!”, al oír que las operarias republicanas de la Fábrica ofrecían aquel ramo á la Asamblea de la Unión del Norte y al Círculo Rojo en prueba de que... y para manifestar cuanto... y como testimonio de que los corazones que latían..., etc. El Patriarca se colocaba la mano sobre el pecho, se la llevaba á la boca con sincerísima complacencia, mientras el disputador, tieso y serio, inclinaba de vez en cuando lentamente la cabeza en señal de aprobación. Por fin, la oradora acabó su discurso entregando el ramo al Patriarca y gritando: “¡Ciudadanos delegados, salud y fraternidad!”,

Tomó el viejo la ofrenda y la pasó al presi-

dente, que se quedó con ella muy empuñada y sin saber qué hacer. Confusas las compañeras de Amparo por el silencio repentino, miraban de reojo hacia todas partes, maravillándose del esplendor de la mesa y algo sorprendidas de que el banquete republicano fuese cosa de tanto orden y de que los delegados comiesen en vez de salvar la patria. El Patriarca se acercó á Amparo; sus mejillas arrugadas y marchitas tenían á la sazón sonrosados los pómulos.

—Gracias, hijas...—tartamudeó cabeceando senilmente.—Gracias, ciudadanas... Acércate, tribuna del pueblo... que nos una un santo abrazo de fraternidad... ¡Viva la tribuna del pueblo! ¡Viva la Unión del Norte!

—¡Viva!—balbuceó Amparo toda enternecida, ahogándose.—¡Viva V.... muchos años!—

Y el viejo y la niña no estaban á dos dedos de romper á llorar, y algunos de los convidados se reían á socapa viendo aquel brazo paternal que rodeaba aquel cuello juvenil.

XIX

LA UNIÓN DEL NORTE

CUIDADO si hace calor! Sobre el duro azul de un celaje no empañado por la más leve bruma, ondean las flámulas, colocadas en mástiles á la veneciana al rededor del baluarte de la Puerta del Castillo, y sus gayos colores no desdicen del júbilo radiante del cielo y de la estrepitosa y alegre multitud. Arcos y ondas de follaje verde corren de mástil á mástil, disonando y contrastando con el tono cerúleo del firmamento. En mitad del anfiteatro se alza el palco destinado á la Asamblea de la Unión, con su tribuna al centro, y flanqueado de otros dos más bajos, pero mayores, destinados á las comisiones del partido. Bien podía la Asamblea constitutiva de la Unión del Norte de la costa ibérica—que así se nombraba en sus documentos oficiales—ocupar oronda y satisfecha el palco presidencial: pocas sesiones y breves horas le habían bastado para sentar las bases del gran contrato unionista federativo; actividad gloriosa, sobre todo comparándola con la flema y machaconería de

aquellas holgazanas de Cortes Constituyentes, que tardaban meses en redactar un código fundamental y definitivo para la nación.

Caminaba impetuosa hacia el anfiteatro la comitiva, compuesta del partido y *juventud* republicana, de mucha chiquillería, de los comités rurales, de los delegados y de todo fiel cristiano que, movido de curiosidad, quiso ingerirse en la procesión. Apresuradamente, como si fuese un ser único animado por un solo soplo vital, y tuviese por voz la banda de música que aturdí el ambiente con himnos y más himnos, adelantábase la palpitante masa humana; y empujadas por la compacta muchedumbre, las banderas, coronadas de flores, vacilaban cual si estuviesen ebrias, y tan pronto daban traspiés y se inclinaban acá ó acullá, como tornaban á erguirse rectas y altivas. Y las casas del tránsito parecían contemplar el cuadro y entender su asunto, y de unas llovían flores, ramos, coronas, y otras, en menor número, cerradas á piedra y lodo, dijérase que fruncían el ceño y se ponían hurañas y serias al sentir el roce de la ola revolucionaria.

Cuando éstas llegaron á estrellarse en el baluarte, se esparcieron y derramaron por doquiera. El gentío trepó á las escaleras, cabalgó en el caballete de los bastiones, invadió los palcos de los comisionados y se extendió coronando las alturas vecinas; por los troncos de los mástiles se encaramó más de un granuja, resuelto á dominar la situación. Penetró majestuosamente en el palco la Asamblea, y así que

los delegados ocuparon sus asientos, el tumulto se apaciguó como por magia, y cerca de veinte mil personas guardaron silencio religioso. Sólo se oyó salir de algún rincón del anchuroso escenario, el melancólico grito que pregonaba: "¡Agua de limón fría, barquillos, agua, azuca: rillos, agua!". Dos fotógrafos, situados en lugar oportuno para tomar la vista, enfocaban cubriéndose la cabeza con el paño de bayeta verde, y sus máquinas parecían los ojos de la Historia contemplando la escena. Casi se oiría el volar de una mosca, sobre todo en las cercanías del palco presidencial.

Procedióse á la firma y lectura del contrato de Unión. Desde lejos se veía en el palco una agrupación de cabezas, entre las cuales se destacaba la negra cabellera melodramática del disputador y sus quevedos de oro, y la barba nívea del Patriarca, resplandeciente al sol como la de Jehová en los cuadros bíblicos. Estaban Baltasar y Borrén apoyados en un lienzo de parapeto, de pié sobre un sillar de piedra, lo cual les permitía ver cuanto ocurría. Ambos prestaban atención suma, comprendiendo que presenciaban un episodio interesante del drama político español.

—Aquí se cuece algo, hombre — exclamó Borrén inclinándose hacia su amigo.

—¡Claro que se cuece! ¡El desbarajuste universal... y el picadillo que van á hacer de España esos señores!

—Hombre, dice que no... Dice que lo que desean es confederarnos, para que estemos más

uniditos que antes... ¿no ve V. que esto se llama la Unión?

—¡Sí, sí, corte V. un dedo y péguelo después con saliva!

—A bien que una nación no es ninguna naranja para hacerse cuarterones tan fácilmente... ¿Sabe V. lo que me contaron de ese viejecito... del Patriarca? Mire V., yo me explico que sea republicano... ¡había cosas en aquellos tiempos antiguos! ¡Era el segundo de una casa rica... poderosa, hombre! El mayorazgo arrambló con todo, ¿eh? mimos y hacienda, y á él le quedó un palomar viejo y la memoria de las azotainas... Otro se hubiera hecho misántropo... El se hizo filántropo, y luego progresista, y luego federal... y es un bienaventurado que abraza á todo el mundo, y oye misa, y es incapaz de hacer daño á nadie... acá *inter nos* le tengo por algo chocho...

—¿Y aquel moreno... el de los quevedos?

—¡Ah! Ese... ese dicen que es de los que quieren perder las colonias y salvar los principios: hombre de línea recta, de geometría... Según Palacios, que lo conoce, la ecuación entre la lógica y el absurdo; no en balde es ingeniero. Si para lograr sus ideales tuviese que desollarlos... ¡pobre pellejo!

—¿Y si tuviese que desollarse á sí mismo?

—¡Cáspita! De la epidermis ajena á la propia... Con todo, no seamos escépticos, hombre. Allí tiene V. á aquel otro... al del bigote negro... el que está á la izquierda del Patriarca. Pues mire V., hombre, que le ha costado ya dinero

y disgustos esta mogiganga política... emigrado, encausado, maltratado... y se libró de ir á las Marianas... no se cómo... Hay humor para todo en este mundo sublunar... ¡Y decir que cuando Dios produce chicas como esa se ocupen en politiquear los muchachos!

Al pronunciar estas palabras señalaba Borrén á Amparo, cuyos rojos atavíos la distinguían del círculo femenino que la rodeaba.

—Pues esa chica aún politiquea más que los barbudos... ¿no sabe V....?

Y el incidente del banquete fué comentado, desmenuzado, acribillado por las dos bocas masculinas, que lo adornaron con festones satíricos. Entre tanto se leía el contrato de la Unión, y á pesar de que el sol no estaba en el zenit ni mucho menos, la gente arracimada y prensada producía una temperatura insufrible, y se oían exclamaciones de este jaez: "Nos morimos.—Nos asfixiamos.—¡Cuándo vendrá un poco de fresco!—Pero, hombre, no nos estruje usté.—Ave maría, qué bárbaro.—Estése usté quieto.—Pues si no ve, fastidiarse: ¿sa figurao que vemos los demás?—¡Tansiquiera puede uno meter la mano en el bolsillo para sacar un triste pañuelo!—Cuidado con el reloj, palpa si lo tienes." Y la voz del lector del Pacto volaba por cima del mar de cabezas, y las palabras "garantías sacrosantas... dogmas de libertad... derechos invulnerables... ideales benditos... pueblo honrado y libre..." se dilataban en el cálido y sereno ambiente. Una lluvia de flores vino, de improviso, á oscurecerlo, y mul-

titud de blancas palomas fueron lanzadas á él, abatiendo al punto el vuelo con aletear trabajoso, y cayendo sobre la muchedumbre, entorpecidas de tener tanto tiempo ligadas las patas. Un estruendoso cubo de cohetes de lucería salió bufando en todas direcciones; retumbó la música; hubo un minuto de gritos, vivas, estruendo y confusión, y nadie reparó en que un pobre viejo, un barquillero, salía del recinto mitad arrastrado y mitad en brazos de dos hombres. "Le dió un accidente", decían al verle pasar, sin añadir otro comentario.

XX

ZAGAL Y ZAGAÑA

Y del accidente se murió aquella noche misma sin confesión, sin recobrar los sentidos. ¿Fué el sol abrasador? Mil veces le cayó verticalmente sobre el cráneo al señor Rosendo en sus épocas de vida militar, y vamos, que el de la Isla de Cuba pica en regla... ¿Fué el haber vuelto á manejar las tenazas y á elaborar barquillos para el extraordinario consumo de aquellos días solemnes? ¿Fué, como dijeron algunas comadres, el orgullo de ver á su hija tan elocuente y bizarra, y tan agasajada por los señores de la Asamblea? Quédesepara la posteridad el arduo fallo, si bien parece infundada la última suposición, por cuanto el señor Rosendo, lejos de manifestar complacencia cuando la chica se metía en semejantes trifulcas, había roto pocos días antes su mutismo para decirle cosas muy al alma sobre eso de buscar tres piés al gato y perder su colocación por locuras. El servicio militar había formado de tal suerte el carácter del viejo, que la insubordinación era para él el más feo delito, y su divisa, obediencia automá-

tica, pasiva; así es que amenazó á Amparo, poniendo los ojos fieros y la voz tartajosa, con romperla una costilla si volvía á leer periódicos en la Fábrica. Algunos años antes no hubiera amenazado, sino ejecutado; pero la cigarrera, desde que lo es, sale en cierto modo de la patria potestad, y por eso se creyó el señor Rosendo en el caso de guardar consideraciones á su progenitura. Sabiendo cuánto influyen en los sacudimientos cerebrales y en las hemorragias internas los accesos de furor, puede creerse que tal vez, la rabia y no el orgullo de ver á su hija elevada al rango de *Tribuna del pueblo* determinaron en la pletórica constitución del viejo la apoplejía fulminante.

En fin, á él lo enterraron y quedáronse las dos mujeres cual es de suponer en los primeros momentos: aturdiditas, maravilladas de ver cómo "se va uno al otro mundo". Desequilibrio económico no lo hubo, porque Amparo, indultada, había vuelto á la Fábrica, y Chinto, trabajando como un mulo porfiado que era, ganaba lo mismo que antes y traía fielmente la colecta todas las noches según costumbre, con la diferencia de que ni recogía ni reclamaba su mezquino sueldo. Pareció el nuevo sistema muy ventajoso y cómodo á la tullida, que venía á estar como si tuviese dos hijos y ambos ganasen para sustentarla. Pero Amparo vivía inquieta, habiendo advertido cierto peregrino cambio en la actitud y modales de Chinto. Mostrábase éste mandón y muy interesado por las cosas de la humilde casa, que indicaba considerar como suya; se tomaba

otra vez la libertad de esperar á la muchacha á la salida de la Fábrica, y aun de acompañarla á la ida, si lo consentía la labor de los barquillos; gastaba con ella chanzas finas como tafetán de albarda, y, en suma, desde la muerte del viejo, la daba de protector y cabeza de casa, sin que en modo alguno procediese como criado, único papel que Amparo le señalaba siempre, mortificada de ver que el toscó labriego la prestaba servicios. Indignada y ofendida, tratóle con más despego que nunca, y para colmo de disgusto, vió que Chinto correspondía á sus desaires con rústicas ternezas y á sus muestras de desvío con pruebas de confianza y afición. Una vez la trajo un pliego de aleluyas, y otra, como la oyese alabar ciertos pendientes de cristal negro, fué y se los presentó á la noche muy orondo.

Ella se negó á estrenarlos.

Hallábase una mañana Amparo en su cuarto vistiéndose para salir á la Fábrica, cuando sintió que una mano indiscreta alzaba el pestillo, y con gran sorpresa encontró delante de sí á Chinto, de un talante como nunca le había visto la muchacha, pues traía el sombrero ladeado sobre la oreja, los carrillos sofocados, el aire resuelto y un cigarro de á cuarto en la boca, preparativos todos que había juzgado indispensables el aldeanillo para realizar la proeza de "cantar claro". La muchacha cruzó prestamente su bata que aún tenía sin abrochar, y arrojó al osado una mirada olímpica; pero Chinto venía tal, que ni las ojeadas de un basilisco le hicieran mella.

—¿A qué entras aquí, á ver?—gritó la cigarrera. —¿Qué se te ofrece?

—Se me ofrecía... dos palabritas.

—¿Palabritas? Tengo que hacer más que oír tus tontadas.

—No, pues yo te quería decir de que... allí... como ya tengo aprendido el oficio... es decir, vamos, que quedándome las herramientas por lo que me debía tu padre de soldada... allí, yo, como ya en la quinta del mes pasado libré... y como, vamos...

—¿Acabarás hoy ó mañana? Habla expedito, que parece que estás comiendo sopas.

—Mujer, quíerese decir... que si tú admites el arriendo del trato, puedes, es decir, podemos... casarnos los dos.

La risa homérica que soltó la insigne Tribuna al verse requerida de amores por aquella montés alimaña, se cambió presto en cólera al advertir que Chinto continuaba brindándola su mano y corazón con las discretas razones ya referidas.

—Porque yo, lo que es tenerte voluntá... te tengo muchísima, ya desde mismo que te vi... y me gustas que no sé, que parece que mismo no pienso sino en tus querereres... así me veo yo tan destruido, que cuasimente no como y propiamente no me quiere dormir el cuerpo... Por trabajar, ya sabes que trabajaré hasta que me reviente el alma... y por mantenerte...

—¡Mira... si no te quitas de delante, repelo, hago contigo una desgracia!—gritó ya furiosa Amparo dando al mozo, que estaba próximo á

la puerta, un soberano empujón para arrojarle del aposento. Pero el movimiento brusco y familiar despertó la sangre aldeana de Chinto, y con los brazos abiertos se fué hacia Amparo. Esta á su vez sintió que renacía la chiquilla callejera de antaño, y bajándose prontamente, alzó del suelo una botita y estampó el tacón de plano en la inflamada mejilla que vió próxima á las suyas: y con tanto brío menudeó los golpes, que á uno que le alcanzó entre los ojos, el bárbaro galán hubo de exhalar imprecaciones sofocadas, retrocediendo y dejando el campo libre. Mal segura aún la muchacha, agarró una silla; mas sobran ya los aprestos bélicos, porque el mozo, restituido á la razón por el vaporleo, se había arrojado de bruces sobre la cama, y escondiendo y revolcando el rostro en la ropa tibia aún del cuerpo de Amparo, lloraba como un becerro, alzando en su dialecto el grito primitivo, el grito de los grandes dolores de la infancia que reaparece en las sucesivas crisis de la existencia:

—¡Madre mía, madre mía!

Encogióse Amparo de hombros, y fué á su Fábrica, que urgía el tiempo y era preciso ganar el pan, porque el entierro del viejo había consumido sus menguados ahorros. Al regresar contó á su madre lo ocurrido, y con no pequeña admiración oyó que la impedida la reprendía por no haber aceptado la propuesta matrimonial; y es el caso que la lógica de la tullida parecía contundente.

—Tú, ¿qué eres, mujer?—la decía.—Cigarrera

como yo. Y él, ¿qué es, mujer? Barquillero como tu padre, que en paz descansa. Que te dicen por ahí si eres graciosa, si eres tal y cual... Conversación y más conversación. El trabaja, ¿eh? Pues á eso vamos, que lo otro... patarata.

Sin querer oír más, la muchacha declaró que no sólo repugnaba casarse con semejante bestia, sino que iba á echarle de casa volando; no era cosa de tener que atrancar le puerta cada vez que se vistiese. No, y no; antes prefería que la aspasen viva, que sufrirlo allí á todas horas. Lamentóse la tullida; recordó que el jornal de Chinto las ayudaba á vivir; todo se estrelló contra la firmeza de la Tribuna. Y cuando volvió de fuera Chinto á soltar el cubo vacío y á entregar, cabizbajo y humilde como un borrego, sus ganancias del día, Amparo le intimó la orden de no dormir ya aquella noche en casa. El mozo la oyó con rostro entre abatido y atónito; y así que se convenció de que se le condenaba al ostracismo, salió de la estancia á paso redoblado. La tullida se inclinó hacia su hija cuanto pudo para decirle:

—Mira que le debemos cuartos.

—Se los restregaré por la cara—respondió Amparo con magnífico desdén.

A los dos minutos se presentó otra vez Chinto, cargado con los chismes de la barquillería: tenazas, cargador, lebrillo y hasta un haz de leña. Amparo se puso en actitud defensiva cuando le vió blandir en el aire los hierros; mas no fué sino para desunirlos con fuerza bovina y tirarlos á un rincón desdeñosamente; y en se-

guida, juntando las tarteras, la leña y el cañuto de hoja de lata, lo pateó todo hasta reducir á añicos los cacharros y á un bollo informe el reluciente tubo. Ejecutada la hazaña, á puntapiés mandó los tristes restos á las esquinas de la habitación, de la cual se retiró sin volver atrás el rostro.